

“Tomar el cielo por asalto” desde la universidad latinoamericana: conflictos armados internos y universidad latinoamericana a finales de siglo XX y principios del XXI¹

“Storming the heavens” from Latin American universities: internal armed conflicts and Latin American universities in the late 20th and early 21st centuries

Jorge Eduardo Suárez Gómez
Universidad de Antioquia
<https://orcid.org/0000-0003-2491-8484>
jesuarez01@gmail.com

Fecha de recepción: 16/04/2022
Fecha de aceptación: 03/06/2022

Resumen

En algunas universidades latinoamericanas se experimentaron intensamente las hostilidades internas que vivieron sus sociedades desde finales de siglo XX hasta principios del XXI. Esas violencias se iniciaron durante la Guerra Fría, en cuyo clima de confrontación geopolítica se configuraron, desde los claustros académicos, ciertas perspectivas utópicas compartidas que entraron en confrontación con la propuesta modernizadora de los gobiernos liberales y/o conservadores de

¹ Este trabajo es resultado de una investigación dedicada al caso colombiano en el marco del proyecto “La violencia política y el conflicto armado de Colombia en la Universidad de Antioquia 1958-2018: Aportes a la memoria y esclarecimiento de sus impactos y relaciones.” En el equipo coordinado por el profesor Jorge Eduardo Suárez Gómez participaron como auxiliares de investigación Paula Alejandra Sánchez Díaz y Juan Pablo Agudelo Tamayo.

la región, que constituía cierto *status quo*. A partir del análisis de algunos casos emblemáticos de sociedades y universidades con altos niveles de confrontación y victimización en este periodo (El Salvador, Nicaragua, Colombia, Argentina, Perú, Cuba) se pretende entender la experiencia latinoamericana de un fenómeno que fue regional y global, pero con especificidades nacionales e institucionales que tienen manifestaciones hasta nuestros días.

Palabras clave: conflictos internos, América Latina, violencia en universidades, utopías del siglo XX.

Abstract

Some important universities in Latin America suffered the internal hostilities that their societies lived from the late 20th into the early 21st centuries in especially intense ways, ‘violences’ that began in the “climate of the time” marked by regional/global geopolitical confrontations (the “Cold War”) that, in some places, continued after that period had ended. In that setting some shared utopian perspectives were configured in academic cloisters, sparking confrontations with the proposals for modernization of Latin American governments, both liberal and conservative, that constituted a kind of *status quo*. This analysis of emblematic cases of societies and universities that experienced intense confrontation and victimization in that time (El Salvador, Nicaragua, Colombia, Argentina, Peru, Cuba) seeks to understand the Latin American experience of a phenomenon that, though regional/global in nature, had national and institutional specificities that continue to show manifestations today.

Keywords: internal conflicts, 20th century, Latin America, violence in universities

Introducción. Transformaciones en América latina entre la defensa del *status quo* y la primavera del Tercer Mundo

Durante el siglo XX, en América Latina y en las otras regiones que no formaban parte del centro de occidente o del primer mundo, se presentaron fuertes transformaciones sociales. Esta dinámica es descrita por Eric Hobsbawm (1998), en su emblemática historia del siglo XX, cuando relata cómo en el año de 1900 la tercera parte de la población mundial era europea, mientras que para 1980 esta misma solo constituía el 15%. Entre 1950 y 1990, se dio una gran transición

demográfica en la que se duplicó la población, producto de un aumento gradual de la calidad de vida y el entorno. En el Tercer Mundo² hubo un huracán en forma de medicinas y medios de transporte que generaron una explosión demográfica debido a que:

los índices básicos de natalidad en esos países solían ser mucho más altos que los del mismo periodo histórico en los países `desarrollados’, y [...] los elevados índices de mortalidad, que antes frenaban el crecimiento de la población, cayeron en picada a partir de los años cuarenta, a un ritmo cuatro o cinco veces más rápido que el de la caída equivalente que se produjo en la Europa del siglo XIX (p. 347).

En México, por ejemplo, las tasas de mortalidad quedaron reducidas a la mitad en menos de 25 años, a partir de 1944. La población se disparó, aunque sin cambios proporcionales en la economía o en las instituciones, lo que aumentó las desigualdades internas y las brechas entre países ricos y pobres por distribución de PIB per cápita (Hobsbawm, 1998, p. 348).

En este periodo, la explosión demográfica fue *el hecho fundamental de la existencia del Tercer Mundo*, en la medida en que sus economías no pudieron incorporar completamente a toda la población que migraba a las grandes ciudades buscando la promesa de la modernidad. Surgieron grandes contingentes de población marginal, como lo explicó el argentino José Nun cuando, citando a León Trotsky, discute con el tradicional concepto económico de *Ejército Industrial de Reserva*, que servía para explicar la existencia económica de la población que no puede ser incorporada a la economía formal:

El actual ejército de desocupados ya no puede ser considerado como un ‘ejército de reserva’, pues su masa fundamental no puede tener ya esperanza alguna de volver a ocuparse; por el contrario, está destinada a ser engrosada con una afluencia constante de desocupados adicionales (Nun, 1969, p. 21).

Estas transformaciones que acercaron al Tercer Mundo a la modernidad —mucho más en América Latina, que compartía más rasgos con occidente— implicaron

² Se usa el término “Tercer Mundo” para aludir a la división geopolítica de la sociedad internacional durante el siglo XX, cuya dinámica de alianzas y bloques se clarificó después de la Segunda Guerra Mundial. Una parte de la sociedad internacional comenzó a ser disputada por los antagonistas hegemónicos, EE. UU. y la URSS. Al interior de esta zona que estaba en vilo, se desarrolló una subjetivación política, a veces dentro del Estado y a veces desde los movimientos sociales y/o partidos políticos, los cuales se orientaron con cierta autonomía hacia alguno de estos bloques. También existió un intento de desarrollar una tercería, Los No Alineados, que logró constituir un nivel de institucionalidad importante.

una ruptura con el tradicionalismo, pero también un aumento de la inconformidad, ya que “todo el mundo quiere aprender algo”, como le dijo a Hobsbawm (1998) en 1962 un militante del Partido Comunista chileno que trabajaba con el pueblo Mapuche (p. 355). En este sentido, el número de estudiantes se amplió, aunque estos no pudieran ser completamente incorporados a los circuitos productivos.

Otra de las manifestaciones de esa transformación fue el crecimiento de las universidades, como destaca Luciani (2019) para el caso de Argentina, Brasil y México:

Entre las décadas de los años cincuenta y sesenta del siglo XX, las universidades latinoamericanas se popularizaron, creció el número de estudiantes matriculados [...]. En los tres casos el proyecto modernizador había permitido un crecimiento económico considerable, cierta movilidad social y el crecimiento de la población universitaria. Hacia los años cincuenta se incrementó en Argentina el número de estudiantes universitarios, si en 1914 el número era de 7 estudiantes por cada 10.000 habitantes, en 1950 pasó a 32,4 y 106 en 1970 [...]. En México creció el presupuesto universitario a partir de la nueva ley orgánica de la UNAM [1945] y se creó la ciudad universitaria (1953), señalando la articulación entre la política desarrollista del estado y el rol de la universidad [...]. En 1940 el 1,4% de los jóvenes entre 20 y 24 años realizaban estudios superiores, en 1960 ese número ascendió a 2,7 y en 1970 a 5,4%. En Brasil el incremento en la enseñanza secundaria trajo aparejada un aumento en la demanda de enseñanza superior, [...] en 1960 solo el 1% de la población entre 18 y 24 años estudiaba una carrera universitaria. Con todas esas limitaciones el crecimiento de la población estudiantil fue significativa: si en 1940 eran treinta mil los matriculados, en 1964 llegaron a 142.000 (p. 87).

Este fenómeno de ampliación de la matrícula secundaria y universitaria no solo se presentó en los países latinoamericanos más avanzados. En el caso del Perú en la región de Ayacucho, por ejemplo,

[Muchos] jóvenes se habían beneficiado entre los años 1960 y 1980 de un proceso de expansión de la educación secundaria y superior, el cual elevó sus expectativas de movilidad social ascendente. Sin embargo, las escasas oportunidades de desarrollo económico en sus localidades de origen hicieron que muchas de estas expectativas se vieran frustradas, por lo que un sector importante de la juventud rural ayacuchana fue atraído por el proyecto de cambio social y político radical del PCP-SL (Sendero Luminoso), que le reservaba además un rol protagónico a los jóvenes en el nuevo orden social que se buscaba implantar (Jave, Cépeda y Uchuypoma, 2014).

En este contexto se produjo una tendencia de despoblamiento del sector rural y de pérdida de su vocación productiva tradicional, porque en la ciudad se podía “llegar a ser algo” (Hobsbawm, 1998, p. 355).

En el Tercer Mundo latinoamericano, durante este periodo la retórica de las reformas agrarias, la cual ciertos gobiernos nacionalistas intentaron implementar, en muchos de los casos constituyó procesos de movilización política en vez de cambios que implicaran inclusión y desarrollo del sector agropecuario (Hobsbawm, 1998). Esta narrativa agrarista no detuvo la urbanización acelerada, que se presentaba también al mismo tiempo en aquellos países en que la reforma agraria no tuvo actualidad.

Particularmente, sociedades como las latinoamericanas, formadas por grandes ciudades en las que su población tiene mentalidad moderna sin poder acceder a la modernidad completa, se convirtieron en escenario de conflictividad creciente debido a las limitaciones de la inclusión económica y social. Muchas de estas realidades tenían un aire de familia debido al *boom* demográfico, los procesos de descolonización y las limitaciones económicas, lo que las diferenció del resto del planeta en la medida en que

[el Primer Mundo] se mantuvo estable política y socialmente cuando comenzó la Guerra Fría. Todo lo que pudiese subir bajo la superficie del Segundo Mundo pudo ser contenido por la tapadera de los partidos y por la posibilidad de una intervención militar soviética. [Mientras tanto el Tercer Mundo] formaba una zona mundial de revolución realizada, inminente o posible. [...] pocos estados del Tercer Mundo, cualquiera que fuese su tamaño pasaron los años cincuenta [...] sin revolución, sin golpes militares para reprimir, prevenir o realizar la revolución, o cualquier otro tipo de conflicto armado interno (Hobsbawm, 1998, p. 433).

Este clima intelectual de actualidad de la revolución en el Tercer Mundo tenía un correlato en sus universidades, como es previsible. Este contexto es bien descrito por Luciani para el caso de América Latina:

para mediados de siglo se incorporaba la discusión en torno a la modernización y el desarrollo y en la década siguiente el ideal revolucionario y la redefinición del discurso antiimperialista. Muchos elementos abonaron ese camino: las guerras de Corea y Vietnam, los procesos de descolonización en el llamado Tercer Mundo, la guerra de Argelia, el Concilio Vaticano II y el debate sobre el rol social de la Iglesia, el conflicto chino-soviético pero especialmente la revolución cubana de 1959 y su posterior orientación socialista. El clima intelectual y académico giró en parte sobre estas cuestiones, avanzando hacia el cuestionamiento y resignificación del rol de la universidad como actor en el proceso de transformación social (2019, p. 87).

El inicio de los conflictos armados internos en Centro y Suramérica pueden encuadrarse en esta temporalidad y como parte de esa transformación social global, aunque con sus peculiaridades nacionales. Por ejemplo, a mediados del siglo XX en Colombia iniciaba *la Violencia* —confrontaciones entre liberales y conservadores— cuyos hilos sueltos permitieron el surgimiento del conflicto

armado a inicios de la década de 1960 y que solo se cerró en parte con el Acuerdo para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera de 2016.

Con estas referencias a procesos globales y regionales, se alude a las condiciones compartidas por muchas sociedades que no pertenecían a la primera línea del capitalismo o a la segunda del “socialismo real”, y cuyas turbulencias sociales, aunque específicas, trascendían también las dinámicas políticas internas. Mientras el Primer y Segundo Mundo iniciaban la más larga etapa de paz desde el siglo XIX, el Tercero se mantuvo como una zona de guerra; así lo explica Hobsbawm:

antes del colapso del sistema soviético se estimaba que unos 19 [...] millones de personas murieron en las más de cien ‘guerras, conflictos y acciones militares más importantes’ entre 1945 y 1983, casi todos ellos en el tercer mundo: más de 9 millones en el Extremo Oriente; 3.5 millones en África; 2,5 millones en el sureste asiático; un poco más de medio millón en Oriente Medio, sin contar la más sangrienta de estas guerras, el conflicto entre Irán e Irak en 1980-1988 [...] y bastante menos en América Latina (1998, p. 433).

Estas situaciones turbulentas tenían un aire familiar debido a factores de tipo político, además de los económicos y sociales:

[Las sociedades del Tercer Mundo] eran dependientes, todas tenían gobiernos que querían ‘desarrollo’ y ninguno creía después de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, que el mercado mundial del capitalismo [...] o la libre iniciativa de la empresa privada doméstica se lo iba a proporcionar (Hobsbawm, 1998, p. 359).

Desde la perspectiva hegemónica, por el lado de Estados Unidos, en tanto defensor del *status quo* global,

intentaron combatir este peligro [de la actualidad y potencia de la revolución del Tercer Mundo] por todos los medios, desde la ayuda económica y la propaganda ideológica, pasando por la subversión militar oficial o extraoficial, hasta la guerra abierta, preferiblemente en alianza con un régimen local amigo o comprado, pero, si era preciso, sin apoyo local (Hobsbawm, 1998, p. 434).

Esta defensa del orden internacional vigente, frente a la volatilidad política en estas regiones emergentes, se operacionalizó en el contexto latinoamericano a través de diversos planes, programas y proyectos con diversa intensidad regional y temporal —tales como Directrices Hemisféricas, Operación Condor, Operación Lazo, Escuela de las Américas, Plan Colombia, entre otros— que se correspondían con la especificidad de la defensa del *status quo* en una naturalizada zona de influencia después de la Segunda Guerra Mundial. Esta diversidad en la estrategia de contención en América Latina dependió, como es lógico, del tipo

de sociedad sobre el que se aplicaba y de los sectores que pudiesen llegar a ser aliados entre las élites de cada uno de los países.

Debido a esta diversidad, en algunas sociedades latinoamericanas los aliados predilectos del mantenimiento del “estado de las cosas” fueron los civiles y en otras los militares; sin embargo, en muchas partes se aplicarían, frente a las tentativas revolucionarias, variaciones de las estrategias de guerra moderna que fueron diseñadas por los ideólogos de la escuela francesa Roger Trinquier y Paul-Alain Léger, para la guerra sucia antisubversiva aplicada por el ejército galo en Argel. Esta guerra moderna fue trasladada a América Latina a través de la Escuela de las Américas y otros centros de adoctrinamiento castrense para las fuerzas armadas latinoamericanas.

De acuerdo con Carlos Fazio, quien es citado por Suárez (2016) para analizar el caso colombiano, “el modelo hemisférico más acabado sería la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), de Argentina, cuyo GT 3.3.2 —código dado al grupo de tarea de los marinos argentinos— se especializaría en el secuestro, la tortura y la eliminación física de los enemigos de la Patria” (p. 16). En el caso colombiano, de acuerdo con Proyecto Colombia Nunca Más, el General Yarborough —director de investigaciones del Centro de Guerra Especial de Fort Bragg— postuló las siguientes directrices después de una visita al país en 1962:

Debe crearse ahora mismo un equipo en el país acordado, para seleccionar personal civil y militar con miras a un entrenamiento clandestino en operaciones de represión [...]. Los Estados Unidos deben apoyar esto. [...]. El general Yarborough incluía recomendaciones al Ejército y a la Policía de Colombia para que mejoraran la inteligencia y el control de la población (Suárez, 2016, p. 17).

Esos antecedentes citados por el proyecto Colombia Nunca Más sugieren que desde 1962 el gobierno de los Estados Unidos intervenía en Colombia para el diseño y ejecución de una estrategia contrainsurgente. Eso explica la formación de una trama político-policial para combatir a la insurgencia y lo que consideraban como sus expresiones sociales, algunas de ellas universitarias. A esto, Vilma Franco (2009) le ha llamado el Bloque Contrainsurgente, explicando que es:

Una trama compleja de relaciones e intereses, un conjunto de centros de poder en intersección que privilegia un conjunto de fuerzas y actores sociales, se cohesionan en torno al odio y temor a lo insurgente y sobre todo, en torno a la defensa de lo acumulado; adopta una estrategia de coerción y consenso a través de una unidad dialéctica entre legalidad e ilegalidad; y adopta una selectividad estratégica expresada en formas, dispositivos, prácticas estructurantes de un orden contrainsurgente (p. 224).

Este tipo de recepción de la estrategia de mantenimiento de *status quo* internacional en este hemisferio, implicó la formación en Colombia de un Estado esquizofrénico,

una “identidad estatal profundamente escindida”, pero cuya única posibilidad de conservar su “unidad icónica” fue la del ocultamiento o negación de parte del “yo estatal” convirtiéndola en “una alteridad ficticia, asumida con fuerza en el discurso como alteridad real”. Al buscar cierta analogía entre ese tipo de anomalía y la siquiatria, el jesuita colombiano descubrió que frente a fenómenos de un “yo escindido”, confuso, ambiguo, que llega al extremo de creerse “otro” y de definirse como “otro”, surgió lo que denomina un “Estado esquizofrénico” (Suárez, 2016, p. 18).

Esta visión de la contención de la revolución en sociedades como las latinoamericanas, involucró en muchas ocasiones a las universidades en la medida en que eran epicentros de esta efervescencia revolucionaria. Las dictaduras militares del Cono Sur y Brasil, por ejemplo, consideraron abiertamente a los centros educativos como campos de batalla ideológica y política, dado que de allí emergían también intelectuales y dirigentes de los movimientos y partidos de izquierda retadores del establecimiento.

El reto al *status quo* en América Latina a partir de la Revolución Cubana: conflictividad en la universidad latinoamericana en el marco de la Guerra Fría

Como se argumentó anteriormente, durante la segunda mitad del siglo XX, América Latina fue parte de una zona del planeta que retó al *status quo* internacional, en la que la revolución era vista como posible o actual debido a los particulares procesos sociales que la diferenciaban del bloque socialista y de los capitalismo más avanzados, los cuales vivieron una mayor estabilidad social interna. De esta manera es como pasamos a la segunda parte del artículo, en la que se aborda cómo las universidades latinoamericanas —en su mayoría públicas, pero no exclusivamente— se convirtieron en un epicentro de turbulencia social.

En muchos países latinoamericanos, los centros de educación superior fueron por excelencia espacios de discusión y proyección utópica, mientras que su exterior estaba muchas veces más sintonizado con el mantenimiento del orden internacional. Algunos de los actores colectivos que retaban el orden y tuvieron proyección nacional y hasta regional o global, forjaron sus importantes liderazgos en los claustros universitarios. Esta es una de las razones por las que la universidad latinoamericana fue escenario de diversos tipos de conflictividad, y por lo que su población ocupó distintos lugares activos y pasivos de enunciación en el mencionado antagonismo al *status quo*, como lo demuestra el siguiente recorrido por algunos casos que representan —aunque no agotan— tipos de relación universidad-sociedad-conflicto en esa época turbulenta.

En ese momento de potencia revolucionaria del Tercer Mundo, América Latina dejó de ser una región relativamente pacífica para convertirse en una zona caliente de la Guerra Fría, en la que la Revolución Cubana fue el hecho simbólico desencadenante; Hobsbawm (1998) lo describe de la siguiente manera:

Hubo una parte del tercer mundo que se mantuvo alejada de conflictos tanto globales como regionales hasta después de la revolución cubana: América Latina. Con la excepción de pequeños enclaves [...] hacía tiempo que había sido descolonizada. Cultural y lingüísticamente, su población era occidental, ya que la gran masa de sus pobres habitantes eran católicos [y] hablaba o entendía una lengua de cultura europea. Si bien la región había heredado de sus conquistadores ibéricos una intrincada jerarquía racial, también heredó [...] una tradición de mestizaje en gran escala [...]. Hasta el día de hoy América Latina se ha mantenido al margen del círculo vicioso de política y nacionalismo étnicos que hace estragos en los demás continentes (p. 361).

Colombia, Cuba, Guatemala, Argentina, El Salvador y Nicaragua: la universidad latinoamericana y el enfrentamiento político en la segunda mitad del siglo XX

Desde inicios de la década de 1950 había comenzado a gestarse en Cuba la agitación revolucionaria. La Universidad de la Habana fue un escenario de confrontación en el que había una serie de grupos de todos los matices ideológicos, en los que participó el mismo Fidel Castro cuando era estudiante. Uno de los hechos más importantes de aquel tiempo fue el asesinato del dirigente estudiantil Rubén Batista el 13 de febrero de 1953.

Durante esta misma época, en los años previos a la Revolución, ocurrieron los hechos del 8 y 9 de junio de 1954 en Colombia. En medio de estos acontecimientos, cayeron asesinados varios estudiantes en Bogotá, entre ellos Uriel Gutiérrez, hecho que le otorgó un signo trágico al inicio de este periodo en Colombia.

Paralelamente, el Caribe y Centroamérica fueron epicentro del reto al *status quo* hemisférico, y las universidades fueron parte importante de esta lucha política e ideológica frente a los dominantes gobiernos dictatoriales. Los claustros educativos se convirtieron en centro de conspiración y subjetivación política juvenil, deviniendo en procesos más fuertes y estrategias revolucionarias más integrales. El caso de Guatemala, Nicaragua y El Salvador son ejemplos tempranos de este proceso de posicionamiento de la universidad latinoamericana en el antagonismo entre el orden hemisférico y sus retadores que pretendían *tomar el cielo por asalto*,³ convirtiendo los claustros académicos en escenario de confrontación, iniciativa política y objeto de agresiones.

³ Esta expresión es derivada de la utilizada por Karl Marx en su “Carta a Kugelmann” de 1871 en la que se refiriéndose elogiosamente a los protagonistas de la Comuna de París,

En el año de 1956 tuvieron lugar varios acontecimientos del mismo carácter. El 23 de marzo en Guatemala se presentó un atentado con bomba en la Casa del Estudiante, es decir, en las residencias estudiantiles. Asimismo, un teniente-coronel del Ejército asaltó la rectoría de la Universidad en San Salvador, El Salvador, dando como resultado el asesinato de algunos universitarios y la prohibición de las reuniones públicas. Por otro lado, el poeta Rigoberto López Pérez asesinó al para entonces presidente y poderoso general de Nicaragua, Anastasio Somoza García, gran aliado de Estados Unidos y poseedor de una de las fortunas más grandes de América Latina; hecho que aceleró la conflictividad en ese país (Fernández y Romero, 2014).

A inicios de 1959 se dio la Revolución Cubana, acontecimiento que aceleró la era de conflictividad en América Latina. La victoria del *Movimiento 26 de Julio* en la Isla del Caribe el primero de enero generó gran empatía en los sectores estudiantiles latinoamericanos que, como en Nicaragua, celebraron con manifestaciones callejeras (Salgado, 2018). La agitación política estudiantil que vivió Nicaragua tras la Revolución Cubana tomó fuerza al mezclarse con conflictividades anteriores del pasado nacional, pues

en el transcurso de los años de 1950 muchos estudiantes universitarios adoptaron posiciones antiimperialistas, postura que implicó un nuevo abordaje sobre la realidad política y social de Nicaragua. (...) Estos jóvenes, además de estar influenciados por lo que había sido la Reforma Universitaria de Córdoba, también estuvieron signados por las luchas latinoamericanas contra las dictaduras, la Revolución Cubana y las experiencias guerrilleras precedentes en Nicaragua. (Fernández y Romero, 2014, p. 1).

En esta dialéctica acentuada por la Revolución Cubana, el 23 de julio del año 1959 en Nicaragua, cayeron asesinados cuatro estudiantes de la UNAN (Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua), presentándose decenas de heridos en la confrontación con la Guardia Nacional somocista.

Dentro del mismo plano, inmediatamente después de su triunfo, los jóvenes líderes cubanos dieron su apoyo a algunas de las intentonas revolucionarias del hemisferio, como las de los grupos nicaragüenses. Estos últimos, liderados por Carlos Fonseca, entre otros, fundaron el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en 1961 para continuar el reto a la dinastía de los Somoza, que eran defensores del *status quo* centroamericano y aliados naturales de los Estados

afirmando que su actuar “constituye la proeza más heroica de nuestro partido desde la época de la insurrección de junio. Que se compare a estos parisienses, prestos a saltar el cielo” (Marx, 1871). La expresión ha sido utilizada en el campo marxista aludiendo a la “vía revolucionaria” hacia el socialismo que rompe con estado de derecho, que es distinta a la “democrática” que implica más gradualidad y consensos. En este texto se utiliza para aludir a aquellas iniciativas políticas surgidas desde las universidades.

Unidos en la región. Los sandinistas hicieron de su sector estudiantil, el Frente Estudiantil Revolucionario (FER), uno de sus pilares fundamentales; eso explica que para el FSLN “a partir de 1969, el principal contexto de reclutamiento se desplazó hacia el movimiento estudiantil y el FER se convirtió en su base organizativa y social” (Salgado, 2018, p. 390).

Como vimos, la década de 1960 marcó el inicio de los conflictos armados en Guatemala y Nicaragua (1961), al igual que en Colombia, pues en 1964 se gestaron en este país dos de las insurgencias que inauguraron el conflicto armado y cuyas acciones se desarrollan hasta la contemporaneidad. El Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Colombia, que aún se encuentra activo, fue fundado por estudiantes de la Universidad Industrial de Santander, emulando la experiencia cubana después de un viaje a la isla.

La década de 1970 fue un tiempo turbulento para América Latina y sus universidades, en las que integrantes de todos los estamentos —profesores, empleados y estudiantes— formaron parte de las dinámicas de conflictividad. En octubre, fueron expulsados de la jesuita Universidad Centroamericana en Nicaragua (UCA) los profesores Juan Bautista Arrién y Fernando Cardenal por apoyar la toma a la catedral de Managua. Esta época fue un proceso de asfixia económica en las universidades públicas para Nicaragua y Guatemala. De la misma forma, se presentó la ocupación militar en la Universidad del Salvador por todo un periodo presidencial desde junio de 1972, durante el que se persiguió a los grupos estudiantiles y fueron quemadas bibliotecas dentro del *campus*. Decenas de personas fueron encarceladas, como el rector Rafael Menjívar y el decano de Ciencias y Humanidades, Fabio Castillo, quienes además fueron enviados a un exilio forzado en Nicaragua. Mientras tanto en Colombia, el 8 de junio de 1973 fue asesinado el estudiante Luis Fernando Barrientos en la Universidad de Antioquia por un presunto agente de la inteligencia estatal en medio de una manifestación.

Este protagonismo del Cono Sur en las conflictividades latinoamericanas en 1970 comenzó porque fue el periodo de auge de las dictaduras militares, surgidas en defensa del *status quo* hemisférico, y que se enfrentaron a un profundo proceso de subjetivación en las universidades públicas. En Chile, por ejemplo, en 1973 se dio el golpe contra Salvador Allende, quien tenía una fuerte base en las universidades; el primer presidente socialista chileno tuvo muchos conflictos con los sectores tradicionalmente dominantes de su país, lo que implicó una fuerte polarización. La Unidad Popular, coalición que apoyaba la vía chilena al socialismo, fue agrupando una intelectualidad no solo chilena en algunas universidades. Con ello, Allende recibió en su país a varios intelectuales latinoamericanos perseguidos por otros gobiernos militares de la región; sin embargo, muchos de ellos sufrieron nuevamente, ya que con la llegada de la dictadura debieron abandonar su refugio para proteger su integridad. Días después del golpe en Chile, miembros del Ejército entraron a algunas universidades, tomando como detenidos a estudiantes y profesores que militaban en partidos o eran abiertos simpatizantes del gobierno de la Unidad Popular.

En ese mismo año se promulgó la ley 50, que establecía rectores delegados por la Junta Militar y centraliza las formas de gobierno universitario, produciendo una arquitectura universitaria corporativa que en alguna medida pervive hasta nuestros días y que apenas en los últimos años está empezando a ser reformada. Errázuriz (2017) explica este proceso de la siguiente forma:

el decreto ley 50 se promulgó el 1 de octubre de 1973 y estableció que las universidades chilenas estarían gobernadas por rectores-delegados designados directamente por la Junta Militar. Estos rectores cumplían las funciones y ejercían todas las atribuciones que correspondían a los rectores de las universidades en conformidad con las normas y leyes vigentes. Los rectores-delegados fueron, en su gran mayoría, militares de alta graduación pero que no necesariamente estaban capacitados para ejercer esta función (p. 41).

En 1974 se promulgó el Reglamento de los Centros de Alumnos de la Universidad de Chile, que establecía una organización basada en la designación de sus miembros por parte del gobierno.

La desaparición forzada y homicidios del cuerpo universitario formaron parte de estos conflictos. Hacia 1975, se presentó una masacre estudiantil en El Salvador, que llevó a un cierre de la UES (Universidad de El Salvador) por seis meses. En Argentina, durante el preludio del golpe militar de 1975, se dio un giro conservador en las universidades públicas; desde 1974 había empezado a presentarse el fenómeno de la desaparición forzada, y solo en la Universidad de Buenos Aires se habla de 636 casos de homicidio y desapariciones en 1976, año en el que hubo despidos de profesores y expulsión de estudiantes. En este país, la desaparición forzada adquirió relevancia como estrategia contrainsurgente, siendo estudiantes el 21% de las víctimas de esta modalidad de agresión, de acuerdo con la CONADEP (Comisión Nacional Sobre la Desaparición de Personas, 1984). El nivel de imbricación de la universidad y esta conflictividad armada en Argentina fue alto, como lo demuestra la publicación del documento *La subversión en el ámbito educativo en Argentina* en 1977. También se nombraron en este mismo año, delegados militares para cumplir labores rectorales.

Al final de la década de 1970 se aceleró la conflictividad en Centroamérica debido a la radicalización de los sectores socialistas por el triunfo de los Sandinistas en Nicaragua (1979) y el fortalecimiento de sectores políticos subalternos en Guatemala —como el Partido de los Pobres, entre otros— que habían sido muy golpeados, pero que a final empezaron a tener victorias políticas. Por ejemplo, en El Salvador, a inicios de 1980, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) anunció el comienzo de su ofensiva general —inicio de la guerra civil— a lo que la Junta de Gobierno respondió, entre otras estrategias, con la ocupación militar del *Campus* principal de la Universidad de El Salvador, que dos años después comenzó a funcionar en espacios alquilados, como “la universidad en el exilio”. Ese mismo año, fue asesinado por fuerzas contrainsur-

gentes el reconocido arzobispo Oscar Arnulfo Romero —quien estaba también vinculado a la UCA— mientras oficiaba una misa.

En este contexto, universidades como la USAC (Universidad de San Carlos de Guatemala) experimentaron la presencia de escuadrones paramilitares, y solamente en el año de 1980 hubo 48 víctimas de homicidios y desapariciones forzadas. Esta institución había sido durante la década de 1970 un oasis progresista, pues

En la segunda mitad de la década de los setentas, la USAC era considerada como una amenaza latente a los intereses gubernamentales, un “centro de subversión”, que las organizaciones estudiantiles, el claustro y el estudiantado en general consideraban como “territorio liberado” y en el cual se daban cita expresiones religiosas, sociales y políticas de la más amplia gama, siendo en muchos casos el punto de reunión de grupos populares o clandestinos que buscaban escapar a la represión al interior de los muros universitarios, y en un gran número de los casos, abandonando las actividades académicas y dedicándose exclusivamente a las políticas (Fernández y Romero, 2014, p. 41).

Durante la década de 1980 la situación en esta universidad se vuelve dramática y “desborda lo imaginable. Los excesos y abusos recrudecen, a tal manera que dentro del campus la pregunta aceptada era ¿bueno, y a quién le toca mañana? desembocando en desafortunadas respuestas” (Fernández y Romero, 2014, p. 70). Para 1985 el antagonismo entre los militares y los integrantes de esta universidad llegó a un punto máximo cuando

El 13 de septiembre de 1985 luego de una manifestación estudiantil multitudinaria que concluye en la Plaza Central y en la que se exigía la renuncia de Mejía Víctores, el Ejército preparaba un claro mensaje hacia el sector estudiantil, ya que en la noche de ese mismo día se suscita la agresión más grande y abierta en contra de la autonomía universitaria, un tanque de guerra del Ejército arrancaba de tajo la puerta de la ciudad universitaria e irrumpía con lujo de fuerza seguido por un contingente de 500 soldados que se mantuvieron en sus instalaciones por el lapso de cuatro días, tiempo que pretendió aprovechar el gobierno para demostrar a la comunidad internacional el ingrediente “subversivo” que reinaba en el campus (Fernández y Romero, 2014, p. 80).

Volviendo a El Salvador, en 1989 el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional lanzó una ofensiva militar general denominada “Hasta el tope y punto”, la cual permitió iniciar diálogos para la terminación del conflicto armado. Este se pudo finiquitar en 1992 con la firma de los acuerdos de Chapultepec en México, acabando con doce años de guerra civil que dejó aproximadamente 75 mil muertos y ocho mil desaparecidos. Por otro lado, la Junta Militar argentina que regentó el Proceso de Reorganización Nacional gobernó hasta 1983;

mientras que la dictadura militar chilena lo hizo hasta marzo de 1990, dejando aproximadamente tres mil víctimas entre desaparecidos y asesinados.

El caso peruano es otro episodio interesante del reto al *status quo* internacional en América Latina. En 1970 surgió una escisión del Partido Comunista Peruano llamada Sendero Luminoso (SL), liderada por el profesor de filosofía Abimael Guzmán, quien además era jefe de personal en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, donde era apoyado por altos funcionarios del claustro. Durante 10 años este partido tejió un nicho en varias instituciones públicas del Perú, obteniendo entre 1973 y 1975 el control de los consejos estudiantiles de las universidades del Centro en Huancayo y La Cantuta, y logrando una presencia significativa en la Universidad Nacional de Ingeniería y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Siendo inicialmente un sector muy pequeño, gracias a su audacia política, SL fue apropiándose de cargos de representación estudiantil, logrando en algunos momentos controlar plantas de empleados y espacios de representación del profesorado.

En la década de 1980 SL abandonó los puestos claves dentro del movimiento estudiantil y sus dirigentes emprendieron la lucha armada. En este periodo, la universidad pública peruana

más allá de un campo físico de batalla, se convierte en el campo de las batallas ideológicas y el lugar para la captación de cuadros de mando medio, no solo a través de la injerencia en la dirigencia estudiantil, sino mediante organizaciones de fachada que le permitía a Sendero Luminoso tener acceso a presupuestos, alumnos, residencias, impresiones e, incluso, medicinas (Jave, Céspedes y Uchuypoma, 2014, p. 46).

Las actividades armadas de Sendero Luminoso iniciaron en 1980 con la quema de las ánforas y las cédulas de votación en el pueblo ayacuchano de Chuschi, constituyendo su bautizo de fuego como guerrilla, caracterizada por sus excesos violentos contra todo aquel que no manifestara aquiescencia con su causa. Para abril de 1982, un grupo de senderistas⁴ tomó por asalto la cárcel de Ayacucho, asesinando a algunos policías y liberando a varios detenidos de su grupo. En 1983 SL fue responsable de la Masacre de Uchuraccay, en la que cayeron asesinados ocho periodistas y dos comuneros, además de haber desplazado al pueblo entero. Durante la segunda mitad de la década de 1980, SL se acercó cada vez más a Lima, donde los coches bomba y otras prácticas armadas que no distinguían entre civiles y combatientes se volvieron frecuentes; por esto comenzó a hablarse de la época del terrorismo en el Perú, periodo descrito por el periodista Camilo Toledo-Leyla del portal alemán DW como

⁴ Denominación dada a los miembros o partidarios de Sendero Luminoso (SL).

Asesinatos, coches bomba, torres de suministro eléctrico destruidas y apagones eran comunes en el Perú de fines de los años 80 y comienzos de los 90. El grupo terrorista Sendero Luminoso, liderado por Abimael Guzmán, pretendía llegar al poder mediante una denominada “lucha armada” para instaurar su ideología “marxista, leninista y maoísta” en el país andino. Empezaron en las provincias, luego siguieron en Lima, donde el 12 de septiembre de 1992 fue capturada la cúpula terrorista (Toledo-Leyva, 2017).

Las fuerzas estatales, sobre todo durante el gobierno de Alberto Fujimori (1990-2000) y su guerra contra el terrorismo, llevaron a cabo violaciones a los derechos humanos, en el marco de un conflicto armado (1980-2000) que terminó después de la derrota del SL y otros grupos insurgentes como el MRTA (Movimiento Revolucionario Tupac Amarú). Un ejemplo de este violento accionar gubernamental se presentó en julio de 1992 y es conocido como «la masacre de La Cantuta», en la que fueron secuestrados y desaparecidos un profesor universitario y nueve estudiantes de la Universidad Nacional de Educación Enrique García y Valle —conocida como La Cantuta por la zona donde se encuentra ubicada—. El comando paramilitar Colina ingresó en la madrugada del 18 de julio a las residencias estudiantiles de esta universidad, en la que SL y el MRTA tenían una fuerte presencia, secuestrando a estudiantes que habían sido perfilados como sospechosos de participar en la explosión de un coche bomba dos días atrás en la zona de Miraflores, hechos conocidos como El Atentado de Tarata, en el que murieron 25 personas y 250 más resultaron heridas, y que marcó el inicio de una ofensiva que SL llevó a cabo en Lima durante una semana (La República, 2020). Los estudiantes y el profesor secuestrados en La Cantuta fueron asesinados y sus restos desaparecidos y encontrados posteriormente en fosas comunes.

De acuerdo con la estatal Comisión para la Verdad y la Reconciliación (CVR), el 54% de las víctimas en el conflicto armado peruano fueron responsabilidad de Sendero Luminoso; el 43% fue provocado por agentes del Estado —Fuerzas Armadas y Policía—; y el 1,7% fue causado por otros actores como el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru. (Jave, Cépeda y Uchuypoma, 2014). Con esta información podemos afirmar que, al igual que en Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Chile, Argentina y Colombia, en Perú durante la segunda mitad del siglo XX inició el reto al *status quo* hemisférico expresado en el surgimiento de movimientos que pretendiendo “tomarse el cielo por asalto” y se vieron inmiscuidos en crecientes dinámicas violentas.

En estos casos latinoamericanos analizados, los defensores del orden hemisférico participaron en esas hostilidades con violencia, obteniendo victorias más o menos rápidas como en el caso de Chile y Argentina; logrando empates estratégicos que llevaron a negociaciones, como en el caso de El Salvador; y saliendo derrotados, como en el caso de Cuba y Nicaragua. En Guatemala y Perú los retadores del *status quo* no fueron derrotados tan rápidamente como en el Cono Sur, lo que generó un precio muy grande en términos de vidas humanas y costos sociales para la población general.

Conclusión. La dialéctica hemisférica y las guerras nacionales: la victimización de la sociedad y la comunidad universitaria

Teniendo en cuenta las cifras generales de la victimización en estos casos de conflictos internos, sorprenden los 75 mil asesinatos de El Salvador, seguido por Guatemala con 29 mil y Perú con 24 mil víctimas respectivamente.⁵ Considerando las dimensiones demográficas de El Salvador, que para 1990 tenía aproximadamente cinco millones de habitantes, el número de asesinatos en la guerra que terminó en 1992 con la firma de los acuerdos de Chapultepec representaba el 1.5% de la población que tenía en ese momento.

En términos de desaparición forzada y asesinatos, sorprende también el caso argentino, ya que en una sola década de golpe de Estado y gobierno de la Junta Militar (1976-1986) hubo casi el triple de desaparecidos que en quince años de gobierno del general Pinochet en Chile. Resalta también el caso de Guatemala que tuvo, con una población de diez millones de habitantes al momento de terminar el conflicto en 1996, de acuerdo con la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), aproximadamente 200 mil víctimas entre asesinados y desaparecidos. Esto da cuenta de la crueldad del conflicto, pues el país perdió aproximadamente el 2% de la población. Colombia registró 262 mil asesinados y 80 mil desaparecidos (Unidad para la atención la reparación integral a las víctimas, 2022).

Todos los conflictos y autoritarismos latinoamericanos anteriormente estudiados terminaron a finales de siglo XX, siendo el peruano uno de los últimos en cerrarse en el año 2000. En este sentido, puede hablarse, de acuerdo con el argumento con el que se inició, del cierre de un ciclo de reto al *status quo* internacional relacionado con la Guerra Fría, que tuvo soluciones diversas en cada sociedad —ya sea una derrota rápida del retador del orden hemisférico y dominación absoluta o temporal del defensor del *status quo*, un acuerdo de paz, o una derrota del retador después de una larga y sangrienta guerra—. En el único país donde no se cerró el conflicto con el cambio de milenio fue en Colombia, aunque un par de años después, como en los otros casos, hubo un ganador y un vencedor, o un empate estratégico.

Algunas importantes universidades latinoamericanas experimentaron intensamente esas hostilidades internas que vivieron sus sociedades, desde finales de siglo XX hasta principios del XXI. En ese contexto se configuraron desde los claustros académicos, ciertas perspectivas utópicas compartidas que pretendían “tomar el cielo por asalto” y que entraron en confrontación con la propuesta modernizadora de los gobiernos liberales y/o conservadores de la región, que constituía cierto *status quo*.

⁵ En los últimos dos casos no se distingue entre asesinatos y desapariciones forzadas.

En El Salvador, Nicaragua, Colombia, Argentina, Perú, Guatemala, Chile la victimización alcanzó a los integrantes de las universidades y a las propias instituciones como se documentó en este texto.

Referencias

- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, C. (1984). *Nunca Más*. Recuperado de <http://www.derechoshumanos.net/lesahumanidad/informes/argentina/informe-de-la-CONADEP-Nunca-mas-Indice.htm>(S.f.). Anexo IV.
- Errázuriz, J. (2017). Intervención y Depuración en la Universidad de Chile, 1973-1976. Un cambio radical en el concepto de universidad. *Cuadernos chilenos de historia de la educación* (8), 36-56.
- Fernández, P. D., y Romero, F. G. (Noviembre de 2014). *El movimiento estudiantil en Nicaragua: el caso del Frente Estudiantil Revolucionario y su participación en el Frente Sandinista*. Recuperado de Cedema.org. V° JORNADAS DE ESTUDIO Y REFLEXIÓN SOBRE EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL ARGENTINO Y LATINOAMERICANO: http://www.cedema.org/uploads/Fernandez-Romero_2014.pdf
- Franco, V. (2009). *Orden contrainsurgente y dominación*. Bogotá: Instituto Popular de Capacitación, Siglo del Hombre Editores.
- Hobsbawm, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Jave, I., Cépeda, M., y Uchuypoma, D. (Noviembre de 2014). *Entre el silencio y el estigma: Memoria de la violencia entre estudiantes de la UNMSM y UNSCH*. Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú/Konrad-Adenauer-Stiftung.
- La República. (16 de Julio de 2020). *Atentado de Tarata: se cumple 28 años del ataque terrorista de Sendero Luminoso*. Recuperado de <https://larepublica.pe/politica/2020/07/16/atentado-de-tarata-se-cumple-28-anos-del-ataque-terrorista-de-sendero-luminoso/>
- Luciani, L. (2019). Movimientos estudiantiles latinoamericanos en los años sesenta. *Historia y Memoria*, (18), 77-111.
- Marx, K. (12 de Abril de 1871). *Carta a LUDWIG KUGELMANN En Hannover*. Recuperado de Marxist.org: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/m12-4-71.htm>
- Nun, J. (1969). Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal. *Revista Latinoamericana de Sociología del Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella*, 5 (2). Recuperado de https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/7934/S7100908_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y

- Salgado, M. (2018). Activismo de alto riesgo: el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) ¡patria libre o morir! *Anuario de Estudios Centroamericanos*, (44), 367-398.
- Suárez, J. (2016). *Colombia Nunca Más. Crímenes de Lesa humanidad en la Comuna Trece*. Medellín: Corporación Jurídica Libertad.
- Toledo-Leyva, C. (30 de Agosto de 2017). *Perú: los terroristas de Sendero Luminoso con un pie en la calle*. Recuperado de DW: <https://www.dw.com/es/per%C3%BA-los-terroristas-de-sendero-luminoso-con-un-pie-en-la-calle/a-40301898>
- Unidad para la Atención la Reparación Integral a las Víctimas. (10 de Febrero de 2022). *Registro Único de Víctimas*. Recuperado de <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/registro-unico-de-victimas-ruv/37394>